

Nota antipragmática

Miguel Espinoza

Universidad de Estrasburgo

1. Contra los aspectos epistemológicos del pragmatismo

Los padres norteamericanos del pragmatismo estarían satisfechos de constatar cómo las ideas novedosas y marginales que concibieron a mediados del siglo XIX llegaron a ser parte del sentido común 150 años después. Es difícil encontrar un mejor criterio de éxito para una idea que la de integrarse al inconsciente colectivo. Ahora bien, ¿qué valen las ideas pragmáticas? La utilización mayoritaria de algo es criterio de éxito social, no de validez.

El punto de partida del pragmatismo es filosóficamente técnico y se encuentra dentro de la teoría del conocimiento. Criticando las normas cartesianas subjetivas de claridad y de distinción de una idea, el científico y filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce propuso como criterio de significación de un concepto la eficacia, los efectos prácticos, la manipulación. La consideración de todos los efectos prácticos es la concepción completa del objeto. Si todos los efectos prácticos del vino muestran que es vino y no otra cosa, es inútil preguntarse si el vino en un momento dado puede ser la sangre de Cristo. En física, puesto que la fuerza no puede ser otra cosa que la serie de sus efectos prácticos, no tendría sentido decir que las fuerzas son esencialmente inobservables, que observamos solamente sus efectos. El criterio pragmático de significación califica de absurda la especulación acerca de lo inobservable. Pero es evidente que una operación, manual o simbólica, no puede ser criterio de significación porque antes de hacer algo, antes de efectuar una operación hay que tener ya una idea – una significación clara – de lo que se va a hacer: la manipulación presupone la significación.

El pragmatismo introdujo un cambio fundamental con respecto a la tradición occidental iniciada por los griegos que pensaban que toda comprensión no puede sino ser teórica, especulativa. Comprender, para los pensadores griegos, quiere decir explicar lo visible complejo por medio de un mecanismo o de una idea invisible simple, reducir lo variado a lo uniforme, encontrar la estabilidad oculta detrás de la inestabilidad aparente. Por ejemplo, según la teoría platónica, detrás de la generación de la gran variedad de seres están las Ideas porque cada cosa existe en virtud de las Ideas; luego en la teoría atómica de Leucipo y de Demócrito, toda generación de seres es el resultado del enlace de átomos de diferentes formas que se mueven en un espacio vacío, y para Aristóteles, la generación de la gran variedad de seres resulta de la acción coordinada de las cuatro causas. En cambio, antiespeculativo, el criterio pragmático de la significación niega el ideal teórico de comprensión. Sería difícil exagerar la importancia cultural de este cambio. De hecho, no sabemos qué podría ser una comprensión que no sea teórica, y en la medida en que el hombre se define por su capacidad de comprensión, por su racionalidad, la negación de la teoría baja al hombre a la altura de los animales.

Peirce había elaborado su criterio de significación, la eficacia observable, con vistas a su aplicación en las ciencias naturales. Desde entonces tanto estas disciplinas como varias otras dentro de las ciencias humanas que tratan de imitarlas llegaron a ser operacionalistas. La manipulación bien controlada, la experimentación, el acto de medida, pasaron a ser no solamente criterio de significación, sino también de conocimiento y de comunicación.

William James retomó y modificó la idea original de Peirce, aplicándola a preocupaciones que tienden a tocar al hombre más de cerca como la psicología o la religión. En sus manos, la significación de una verdad llegó a ser el comportamiento que ella inspira o dicta. La verdad no es la adecuación de lo que pensamos a los hechos, no es la propiedad intelectual de una idea, sino algo que puede ocurrirle a la idea, y lo mejor que puede ocurrirle, es que sea benéfica, que satisfaga una necesidad.

El descubrimiento de leyes científicas matemáticamente formuladas gracias al desarrollo de la noción de función (Euler) marca el giro pragmático de la física. A partir de ese momento, el concepto de ciencia llega a ser sistemáticamente ambiguo: por una parte, su contenido es la búsqueda de inteligibilidad de la naturaleza vinculada a preocupaciones filosóficas y metafísicas; por otra parte, la ciencia es la búsqueda de previsión y de control de nuestro entorno vinculada a las preocupaciones pragmáticas: « el conocimiento es poder » (Bacon). Esta escisión dio nacimiento a una bifurcación en el concepto de verdad: ésta será metafísicamente realista o pragmática.

De acuerdo a la metafísica realista el enunciado verdadero es un símbolo superficial y derivado porque expresa una verdad real que le preexiste. Lo profundo y primero es la verdad de las cosas, una situación independiente de nuestras facultades, y el tiempo es una variable omisible. El enunciado emergente agrega conciencia a la verdad, pero iluminar algo no significa darle nacimiento. Por otra parte de acuerdo al pragmatismo el enunciado verdadero manufactura un hecho en función de nuestra voluntad y de nuestros proyectos, y el tiempo es ineliminable. En efecto desde este último punto de vista un enunciado llega a ser verdadero en el momento en que es verificado o demostrado, antes de eso la verdad no existía, concepción que los pragmáticos comparten con los intuicionistas. En consecuencia, para un pragmático coherente, sería erróneo creer en la universalidad de una lógica bivalente según la cual todo enunciado es intemporalmente verdadero o falso. Hay entonces al menos tres valores: lo verdadero, lo falso y lo no-determinado, es decir, lo más o menos probable o lo más o menos verosímil.

De acuerdo al pragmatismo en el sentido de William James, y según el pragmaticismo en el sentido de Charles S. Peirce, no existe ningún acceso a una realidad independiente de nuestras facultades que transformaría nuestros problemas en situaciones decidibles. Lo real es lo que resulta de la investigación, y no lo que la precede. Se cree que en un momento dado, en cualquier dominio, las opiniones se estabilizan y se produce un consenso. La noción pragmática de realidad incluye así una referencia necesaria a la comunidad de científicos sin límites precisos y susceptible de ensancharse. Estas observaciones describen en particular las posiciones de Peirce y de

H. Putnam: ambos creen en una racionalidad que tarde o temprano produce resultados que hay que aceptar. El pragmatismo de Peirce postula la existencia de un conocimiento objetivo. En cambio, si atendemos a lo afirmado por James, Dewey o R. Rorty, la racionalidad está desprovista de criterios objetivos: la verdad no es otra cosa que una respuesta adecuada a nuestras necesidades. La naturaleza aparece como una construcción social velada por nuestras facultades. Peirce y sus seguidores postulan que la verdad es el consenso más allá del error. Todo pensamiento, toda opinión contiene componentes erróneos – como cuando se mide algo – debido a lo que hay de arbitrario, de accidental, de limitado, de circunstancial en un hombre, pero con el tiempo las opiniones tienden a estabilizarse, y la opinión estabilizada es la verdad. A continuación expongo tres razones que muestran hasta qué punto es difícil aceptar esta idea.

En primer lugar, la opinión estabilizada no es la verdad porque la primera puede cambiar como consecuencia de nuevas evidencias o de nuevos razonamientos, mientras que la verdad es invariable. La justificación es una cosa y la verdad otra cosa distinta. La primera es subjetiva y depende de creencias cambiantes, ¿cómo describir esta situación? Habría que decir que en un primer tiempo, dadas las circunstancias, nuestras creencias estaban justificadas, eran razonables, pero que no eran verdaderas. He presupuesto aquí naturalmente la concepción realista de la verdad según la cual no hay verdad sin la aprehensión de un trozo de eternidad. Nótese que el pragmatismo no es el intento de responder de manera novedosa a las preguntas tradicionales sobre la realidad y la verdad: cambió de tema.

En segundo lugar, que yo sepa, ningún pragmático ha sido capaz de explicar, en tanto que pragmático, porqué las opiniones pueden estabilizarse, porqué las conjeturas pueden converger. El realista ofrece en cambio una respuesta: las investigaciones y las opiniones son guiadas por una realidad local y parcialmente conocible. Los kantianos responderán – compartiendo como de costumbre el idealismo de los pragmáticos – que las opiniones pueden converger en la medida en que el entendimiento individual desemboca en la subjetividad universal constructora de la realidad.

Finalmente, ¿qué valor puede tener el pragmatismo en las ciencias duras? En las matemáticas y en la física se distinguen nítidamente, por una parte, los teoremas y los descubrimientos intemporalmente verdaderos, y por otra parte, los esfuerzos y las contingencias humanas destinadas a obtenerlos y a interpretarlos. Es tal vez concebible que el pragmatismo sea a veces de alguna pertinencia en los dominios que parecen depender en gran parte de nuestra voluntad: pienso en la psicología, en la religión, en la política; pero probablemente incluso aquí la pertinencia es sólo aparente porque habría que probar lo imposible, que nuestra voluntad es absolutamente libre.

Los pragmáticos enseñan que hay que conservar las reglas que funcionan, repetir las experiencias exitosas. Pero una experiencia tiene componentes diversos: ¿cómo saber cuáles son los responsables del éxito, cómo reconocer las reglas útiles? Se necesitan ideas preconcebidas, sujetas a la verificación. Una de las teorías físicas que mejor funcionan, una de las mejor corroboradas, una de las que más ha cambiado nuestro mundo rodeándonos con aparatos que modifican nuestra relación con las otras personas y con el medio ambiente, la mecánica cuántica, tiene una base conceptualmente oscura, situación reconocida tanto por sus pioneros como por los físicos actuales. Eso prueba que es posible predecir con precisión, actuar con éxito, sin tener una comprensión satisfactoria de lo que se hace.

Entre los responsables del escepticismo actual se cuentan, en efecto, varios de los científicos que han desarrollado la mecánica cuántica. Esta teoría está demasiado alejada de las categorías de nuestra percepción natural y a veces incluso las contradice. Por ejemplo, el nombre «Principio de Complementariedad» desorienta: ¿cómo calificar de complementarios el comportamiento corpuscular y el comportamiento ondulatorio de las partículas? A nuestra escala, o lo uno o lo otro, pero no los dos. La complementariedad implica compatibilidad, como la mandíbula y el aparato digestivo de los herbívoros. Una oscuridad ha sido erigida en principio, lo que nunca se habrían atrevido a hacer los antiguos que sabían pensar. Se espera que un principio tenga un máximo de inteligibilidad porque el significado de las proposiciones derivadas dependerá del significado del principio.

La búsqueda de éxito en sentido pragmático – desarrollo de un simbolismo que funcione aunque comporte sectores incomprensibles – ha enterrado casi completamente la búsqueda de inteligibilidad. En una teoría tan abstracta como la mecánica cuántica que hace referencia a entes teóricos, su enlace con los medios empíricos de control es forzosamente muy indirecto, y según de lo que se trate, el vínculo con lo verificable puede ser incluso inexistente. Ahora bien, esta característica del enlace explica que la evidencia a favor o en contra de las hipótesis y de las leyes teóricas sea frágil o inexistente, y entonces la verdad llega a ser manufacturada.

El montaje experimental, según Niels Bohr, llega a ser criterio de comunicación, de existencia y de verdad. La verdad no preexiste a la manipulación, y el montaje experimental, como las categorías kantianas, los símbolos de la lógica o las palabras de acuerdo a muchos filósofos contemporáneos nuestros, condicionan la existencia: el aparato a priori construye la realidad, «ser, es ser el valor de una variable », existe aquello sobre lo cual se habla. El vínculo entre una teoría como la mecánica cuántica y las doctrinas pragmáticas y positivistas, su concrecencia, no tienen nada de arbitrario sino que es una situación que cabía esperar y que perdurará mientras la mecánica cuántica no sea interpretada como una imagen física del mundo. Recordemos, por otra parte, que para un realista lo esencial del conocimiento es la contribución de una naturaleza que lleva en ella misma los principios de su comprensión; y para explicarse el mundo, nuestra conciencia – sistema emergente condicionado por estratos matemáticos, físicos y biológicos – se sumerge en una naturaleza que la formó con los mismos mecanismos que emplea en la formación de otros seres.

2. Contra los aspectos políticos del pragmatismo

El 29 de junio de 2007 el actual presidente de Francia, Nicolás Sarkozy, afirmó que para encontrar las soluciones al problema del empleo y del crecimiento «es inútil reinventar el hilo para cortar mantequilla. Todas estas teorías económicas... yo mismo a veces estoy un tanto perdido. Lo que quiero es que las cosas funcionen». Pudiendo elegir, a nadie se le ocurriría ponerse en manos de un médico ineficaz. Es normal exigir la eficacia. El desvío consiste en considerar la acción eficaz como un fin en sí y no

como lo que es: algo cuyo valor se deriva del valor del fin. La persona eficaz, en tanto que eficaz, es un instrumento. La eficacia ha llegado a ser un cliché federativo, una varita mágica que permitiría a los hombres ponerse de acuerdo en un terreno donde las ideas preconcebidas sobre los valores lo impedirían.

Las raras veces que un estudioso, atento al significado de los conceptos y a la estructura de los argumentos, escucha un debate político o lee una declaración política, no puede sino quedar sorprendido y contrariado, entre tantas otras cosas, por la oposición sistemática que los representantes de la derecha establecen entre el pragmatismo, que ellos supuestamente representan, y la ideología, que atribuyen a los simpatizantes de la izquierda. Y este cliché – la derecha es pragmática, la izquierda, ideológica – se reproduce *mutatis mutandis* en los diferentes países donde esta distinción existe. Otra constante es el elogio que los partidarios de la derecha hacen del pragmatismo, asociándolo al progreso y la modernidad, mientras repudian la ideología, asociándola a una situación humana del pasado que no volverá. Llama la atención el silencio en que se reciben estos errores, malintencionados o cometidos por simple ignorancia. Una rectificación se impone.

En primer lugar, no existe una alternativa entre la ideología y el pragmatismo porque el pragmatismo es una ideología. Luego ni la modernidad, ni la postmodernidad, ni ningún período por venir verá la desaparición de la ideología porque es ésta indispensable a la vida humana en tanto que humana. Una ideología es mucho más que una teoría que aspira a dar cuenta de un sector restringido de la experiencia humana: es un sistema de ideas, de creencias, de valores y de símbolos adoptados por una sociedad y en cuyos términos los miembros de la sociedad explican, evalúan y justifican sus propias acciones. La ideología permite a la sociedad apreciar y evaluar su propia posición con respecto a otras sociedades y finalmente con respecto al mundo considerado como un todo. Aunque una ideología pueda propagarse deliberadamente, no todos sus componentes resultan de una elaboración y de una adopción conscientes. El hecho de compartir una ideología unifica y fortalece a la sociedad, la ayuda a mantenerse y a defender sus intereses. Por lo tanto, puesto que el ser humano alcanza el estatuto de persona humana en la medida en que es un ser social y cultural, se sigue que

la persona no existe sin ideología. La tarea que se impone entonces no es la eliminación de la ideología sino explicitarla lo mejor posible para acomodarla a la crítica racional, para saber, con conocimiento de causa, a cuáles de sus componentes no se está dispuesto a renunciar y porqué, y cuáles, en cambio, parecen más contingentes o simplemente erróneos de acuerdo al mejor razonamiento y al mejor conocimiento.

Vimos que en la ideología no todo es consciente o deliberado, ni en lo que respecta al reconocimiento de los valores, ni en lo concerniente a su realización. Ahora bien, si a esta observación se agrega que para el pragmático no hay finalidad para la acción preestablecida racionalmente – razón por la cual se abordan las dificultades a medida en que aparecen, sólo en orden cronológico – entonces hay en el pragmatismo un vasto espacio para la ideología, por lo menos en todo lo que hay en él de inconsciente.

Cuando una persona pone en un sitio de honor la actitud pragmática, el éxito en la acción, quiere decir que se pretende considerar el valor intrínseco de una acción haciendo abstracción de los prejuicios. Pero esta creencia presupone precisamente lo que el pragmático rechaza, que la experiencia y los hábitos están desprovistos de ideología. Evidentemente la suposición de que algo es exitoso independientemente de toda ideología conlleva un cierto compromiso con la suposición de que la verdad en sentido realista existe. Recordemos que para los antiguos como Aristóteles, el hecho de que algo funcione de manera objetiva, como la adecuación del cuchillo para cortar el pan, es una marca de su verdad.

El pragmatismo significa una marcada preferencia por la experiencia y por la experimentación contra la razón, así como la adopción de hipótesis provisionarias y de corto alcance en todo orden de cosas: científicas, sociales y morales. Todo está por tomar forma en la experiencia, por construirse. El valor de algo, su inteligibilidad, está determinado por su rol en la acción y no por lo que pueda revelar un razonamiento a priori. De ahí el lugar privilegiado del éxito en la acción: algo tiene valor en la medida en que encaja con la acción de alguien. Hay un culto del éxito, sin detenerse a pensar en su significación, ni en sus causas profundas ni en las consecuencias a largo plazo. Lo

valioso es lo útil para la satisfacción de las necesidades, de órdenes diferentes, de alguien en particular. Y por eso una de las actitudes difíciles de justificar por parte de los políticos pragmáticos es que se autodeclaran representantes de las necesidades de los otros: el hecho que un gobernante tenga un interés particular por el dinero no significa que tal sea el interés de los gobernados.

Si el valor positivo de algo se manifiesta en la fluidez que permite a nuestra acción, y si al contrario, el valor negativo de algo, desde un punto de vista cognitivo o moral, es medible por la magnitud del obstáculo que pone a la acción, entonces uno de los problemas del pragmatismo es determinar en virtud de qué – de qué ideología – se va a arbitrar cuando las acciones que valoran las cosas son incompatibles entre ellas o indican prioridades diferentes. ¿Quién decide, y con qué criterios, que tal fin es más deseable que tales otros? ¿Quién decide qué es una dificultad, que tal vía de solución es preferible a tales otras, que algo es exitoso? Y estas preguntas cubren otras tan profundas y complejas como ellas: ¿Qué es una necesidad? ¿Cómo ordenar las necesidades en una jerarquía? ¿Cómo conciliar las necesidades individuales con las colectivas? ¿Qué hacer cuando hay conflicto? ¿Cómo no ver en este criterio de verdad (lo que satisface una necesidad) una complacencia egoísta, una tendencia a la autoindulgencia? De manera ingenua, los pragmáticos creen que por una especie de sentido común natural el interés individual y el interés colectivo van a coincidir, pero la experiencia muestra que no es así: la sociedad se asemeja más a una competencia de tirar la cuerda en sentidos opuestos que a un equipo de remeros. Por lo demás, el sentido común es poco natural; es, en gran parte, el sedimento de ideas que fueron otrora verdaderos descubrimientos.

Por todo eso un filósofo no puede sino quedar perplejo ante la facilidad con que los gobernantes, pragmáticos o no, toman a diario decisiones que afectan la vida de tantas personas: ¿qué saben ellos, con conocimiento de causa, de las propiedades que condicionan los problemas; qué saben ellos de las consecuencias de las decisiones? Salta a la vista que para describir, interpretar y resolver estos problemas se necesitan teorías e ideologías. Pero el pragmático evita también la teoría: lo que cuenta «es que las cosas funcionen».

Los animales saben, sin comprender a la manera humana, cómo actuar eficazmente en sus tareas vitales de alimentación y de reproducción, inconsciencia que no les impide superarnos en esto, como los insectos que sobreviven a nuestro intento de exterminación química. Nuestra diferencia específica se sitúa en el dominio de la comprensión de las cosas y en el alto grado de conciencia que ilumina nuestras facultades y nuestro comportamiento. El gato se ve en un espejo, no se reconoce y cree que tiene compañía. Enseguida verifica: camina detrás del espejo, y constatando que él es el único animal en la pieza, abandona el asunto y se acuesta tranquilamente en su hamaca. El hombre ve su cara reflejada en el agua, y para entender lo que sucede, elabora una teoría física sofisticada, la óptica. ¿Por qué detener nuestra curiosidad ahí donde se contenta el animal?

En suma, lo que está en juego es nada menos que la definición del hombre, el futuro de la comprensión como una de las propiedades esenciales del ser humano. Las consecuencias son intelectuales y morales. No hay que cerrar los ojos ante esta evidencia: presentarse como moderno y pragmático, como alguien que está convencido de que la teoría, la ideología y la metafísica son una carga inútil al profesional, es felicitarse de actuar sin comprender, actitud tan poco digna como la del positivista orgulloso de conocer sin comprender.

* * *